

Sello del espíritu
Confirmación
Vivir ser comportarse

Sello del apóstol - 2 Cor
Reserva propiedad Servicio

25/1

Lección No. 25.- TESTIGOS FUERTES, SANTOS ALEGRES La vida cristiana arrostra la prueba con gozo

El Sacramento de la Confirmación tiene una relación muy estrecha con la manera de ser, de vivir y de comportarse del cristiano auténtico. En esta lección veremos hasta qué punto influye este Sacramento en nuestras vidas cuando nos decidimos a vivir de verdad la doctrina de Cristo.

EL SELLO DEL ESPÍRITU SANTO.

En los tiempos antiguos fué empleado el sello particularmente con sentido de propiedad, de manera que el soberano imprimía sobre el lacre de un escrito para atestiguar la autenticidad de su disposición; sobre los objetos para indicar la reservación de ellos a su servicio; sobre los animales y la servidumbre de su palacio para que no fueran empleados sino bajo su voluntad soberana. En lo sagrado, también fué empleado el sello por medio del cual quedaba grabado en forma visible lo que en forma invisible se realizaba: la persona, animal o cosa quedaba reservada al servicio, uso y consumo de la divinidad.

Pues bien, San Pablo nos habla en diferentes pasajes de sus epístolas acerca del "sello del Espíritu Santo en nosotros", con un sentido de reserva, de propiedad, de servicio a que quedamos sujetos. Pero al mismo tiempo debemos encontrar en el sello otro sentido recíproco de nosotros para con Dios: el que es distinguido con este sello divino adquiere con él una nueva dignidad a la que debe hacer honor y la que debe guardar con celo, de modo que en ello él mismo encuentre complacencia.

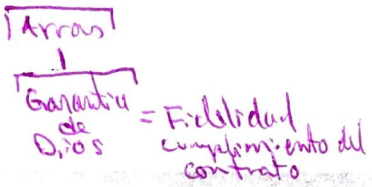
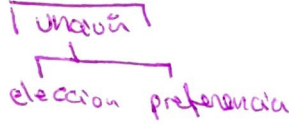
Es a esto a lo que alude el Apóstol en este pasaje: "Es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dió en arras el Espíritu en nuestros corazones" (2 Cor. 1, 21-22).

Ya hablamos en el primer curso acerca del sentido que tuvo la unción desde el Antiguo Testamento para significar la consagración de la persona o de la cosa a la divinidad; también tiene la unción el sentido de elección, de preferencia, de modo que el ungido es así distinguido honoríficamente sobre sus semejantes.

Así pues, San Pablo nos enseña la alta distinción y dignidad en que hemos sido constituidos por medio del sello y de la especial unción.

Pero como en todo esto se está realizando un acto contractual entre Dios y el hombre elegido, el Señor se digna darnos una garantía de fidelidad. Y esa garantía por la cual el que adquiere algo garantiza su cumplimiento de contrato, son las "arras" que menciona el Apóstol: las arras que Dios nos da son el Espíritu, el don del Espíritu como primicia de las promesas de Cristo.

22
única
Arras



25/2

El apóstol San Juan nos dice también: "En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo y todos vosotros lo sabéis" (1 Jn., 2, 20), y termina diciendo: "Y en cuanto a vosotros, la unción que de El habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero con su unción os enseña acerca de todas las cosas -y es verdadera y no mentirosa- según os enseño, permaneced en El" (1 Jn., 2, 27).

Pues si hemos sido de tal modo distinguidos, debemos permanecer fieles y dignos a la altura de tanto honor.

EL CRISTIANO, SOLDADO DE CRISTO.

Ya al final de su vida, San Pablo nos habla de cómo ha transcurrido ésta: "Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe." (2 Tim., 4, 6-7). Y más adelante añade: "Pero el Señor me asistió y me dió fuerzas para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles. Y fui librado de la boca del león" (2 Tim., 4, 17).

Bello final de una vida de santa entrega al apostolado, de plena confianza en el Espíritu Santo que le asiste y mediante cuya asistencia ha podido cumplir plenamente su tarea.

El ejemplo de San Pablo nos deja clara visión de nuestro cometido como cristianos completos, del fruto que Dios espera de nosotros, de la forma de poder cumplir, del fruto que podemos cosechar, de lo que podemos llegar a sembrar... Y todo ello con base únicamente en ser, en vivir fieles a la unción que hemos recibido y dóciles al Espíritu Santo que vive dentro de nosotros.

Ya nos viene hablando el Apóstol acerca de cómo la vida del cristiano es lucha, competición. Escuchémosle más acerca de esa milicia (milicia = acción militar, el desempeño del soldado) en que la Confirmación nos alista, el ejército en que nos incorpora: "Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios, para poder resistir a las asechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes" (Ef. 6, 10-13).

No es una bella pieza oratoria o literaria, no es una motivación con ribetes de epopeya; no, es la auténtica realidad de la vida del cristiano confirmado por la Confirmación, que del Sacramento ha recibido los elementos necesarios para combatir el mal de este mundo reformado por la acción del Espíritu Santo que está obrando dentro de él.

sufrir ultrajes por el Nombre de Jesús.

* El apóstol San Pedro exhorta a los cristianos en su primera epístola a permanecer alegres en la persecución: "Y ¿quién os hará mal si os afanáis por el bien? Mas, aunque sufrierais a causa de la justicia, dichosos vosotros. No les tengáis ningún miedo ni os turbéis" (1 Pe. 3,13,14).

Es por ello que lo que se dice que el verdadero cristiano, el que vive su cristianismo a plenitud, no tiene derecho a andar en ningún momento y por ninguna razón triste.

La vida cristiana auténtica arrostra la prueba con gozo y la virtud y la gracia necesarias para ello proceden del Espíritu Santo que se nos da por la unción y la imposición de manos que tienen lugar en el Sacramento de la Confirmación.

Los cristianos que viven su cristianismo a plenitud son eso: sellados y ungidos por el Paráclito, se distinguen de los demás y dan testimonio de su fe por su vida recta, por el amor a la justicia y a la paz, por su entereza ante la tribulación y el sufrimiento, por su fortaleza ante la prueba, por su alegría en medio del sacrificio. Es que su gozo ya es completo, como lo anunciara el Divino Maestro: "También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría" (Jn.16-22).

REFLEXIONES PERSONALES:

¿He podido sentir el espiritual orgullo de ser cristiano?

¿He sabido inspirar a los demás el sentido del honor que debemos dar al nombre de cristiano?

¿Sería yo capaz de ostentarme en lugar público y ante todos como discípulo de Jesús?

¿He acostumbrado mi mente a la presencia del Espíritu Santo dentro de mí; o por el contrario, soy inconsciente de esa presencia?

¿He tratado de cultivar en mí la seguridad de esa presencia que es causa de la alegría cristiana?

RESUMIENDO:

El cristiano lleva en sí grabado un sello de distinción que lo hace aparecer diferente al resto de los hombres.

Ese sello lo imprime para siempre el Sacramento de la Confirmación en el momento de la unción y la imposición de las manos.

El cristiano auténtico es fuerte, es valiente, es animoso, es alegre, es audaz, seguro de sí porque esa seguridad viene de Dios.

RESOLUCIÓN: Ven Espíritu Santo, toma posesión total de mí, para que sea yo testigo tuyo ante los hombres.

En el pasaje que sigue nos dibuja San Pablo cómo ha de realizarse en la acción vivida, no figurada, esta batalla para conseguir el triunfo final del bien sobre el mal: "A nadie damos ocasión de tropiezo, para que no se haga mofa del ministerio, antes bien, nos presentamos en todo como ministros de Dios: con mucha constancia en tribulaciones, necesidades, angustias; en azotes, cárceles, sediciones; en fatigas, desvelos, ayunos; en pureza, ciencia, paciencia, bondad; en el Espíritu Santo, en caridad sin cerra, en la palabra de verdad, en el poder de Dios; mediante las armas de la justicia; las de la derecha y las de la izquierda; en gloria e ingnomina, en calumnia y en buena fama; tenidos por impostores, siendo veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes están en la muerte, pero vivos; como castigados, como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos." (2 Cor., 6, 3-17).

Y CON TODO, EL CRISTIANO ES HOMBRE SIEMPRE ALEGRE.

Llama la atención en el pasaje antes citado que, a pesar de tantos contratiempos, contrariedades y sufrimientos, el Apóstol todavía advierte: "...como tristes, pero siempre alegres..." Es otro regalo que el Divino Espíritu hace al cristiano fiel: encontrarse en medio de esta lucha siempre alegre! Con esa alegría a la que el mismo San Pablo alude muchas veces en sus cartas:

* "En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza..." (Gal. 5, 22).

* "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca" (Fl. 4, 4-5).

* "Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran." (Rom. 12, 15).

* "...Pues, probados por muchas tribulaciones, su rebosante alegría y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad..." (2 Cor. 8, 2).

Vemos, pues, que la presencia del Divino Espíritu en el interior del hombre es fuente inagotable de alegría, a pesar de todas las circunstancias adversas que, según el criterio del mundo debieran producir en el ánimo tristeza y desazón. Pues el Sacramento de la Confirmación, al ser instrumento de infusión del Divino Huesped dentro del hombre, es causa de tanto bien.

Es lo que aconteció a los Apóstoles en el inicio de las persecuciones: (Hech. 5, 40-41) Entonces llamaron a los apóstoles; y después de haberles azotado, les intimaron que no hablasen en nombre de Jesús. Y los dejaron libres. Ellos marcharon de la presencia del Sinedrín contentos por haber sido considerados dignos de